

Estampas

La idolatría del hombre público

— Colaboración directa —

El andariego Gulliver vuelve a Inglaterra y se encuentra con que a la perfecta organización del Imperio de Liliput la aventaja, en ciertos aspectos, su suelo nativo. Los liliputientes desconocen algunos cultos. No han hecho, por ejemplo, del hombre público un ídolo. En cambio, Inglaterra sí tiene la idolatría del hombre público arraigada con fanatismo. Extraño le parece a Gulliver el suceso. No creía a Liliput falto de un culto que es el sustento de los gobiernos y de las clases dominantes. Sigue con su atención mordaz las ceremonias. Tanto vió en el Imperio del cual regresa que le es fácil establecer contrastes. Ha perdido Inglaterra uno de sus hombres públicos de más renombre. No quiso Swift que su héroe pronunciara el nombre del connotado ciudadano inglés. Sólo le dejó decir que había en su vida mucho deslumbramiento. Supo situarse allí en donde nunca se realiza nada en favor del bien público. Y por esta habilidad creció en prestigios y al morir se le llora y se habla de la pérdida irreparable en que queda sumido el Reino. Gulliver lee los periódicos y se entera de la inmensa fortuna que deja el hombre público. En Liliput, cuando muere un rico, las escuelas, los hospitales, los asilos, las bibliotecas sienten en seguida los beneficios. Toda fortuna que se reparte contribuye con buena porción al sostenimiento de la beneficencia y de la cultura. Quién sabe si aquel pueblo hiciera bien en dar leyes cercenadoras del patrimonio privado. Pero las dió según Gulliver y no puede el rico evadir las. Muchos contrataron a los mejores abogados del Imperio y los encerraron años enteros a que buscaran los medios para que sus riquezas no fueran gravadas con tributo alguno. Los juriconsultos no hicieron otra tarea que la de trabajar para que los ricos de Liliput burlaran las leyes. Los ricos les daban honorarios crecidos y así podían pensar y cavilar. Pero en cuanto daban con el procedimiento, el Estado se oponía enérgicamente y la legislación seguía rigiendo sin menoscabo. Gulliver veía ahora de la Inglaterra que desfilaba de nuevo por su reflexión, cómo se rendía culto al hombre público que dejaba una inmensa fortuna libre de la contribución en favor de la beneficencia y de la cultura. También en su país debían los ricos de la Inglaterra de 1702 pagar ciertos impuestos al Estado. Mas, los abogados ingleses aventajaron en astucia e ingenio a los de Liliput y consiguieron que el hombre público hiciera antes de morir ciertas combinaciones que burlaran la ley. ¿Cómo lo supo Swift? Él dice que un abogado despechado se lo contó. A este abogado le encargó el hombre público el manejo de aquel negocio. Pero en el momento de arreglar honorarios hubo sus reparos y el despechado quedó eliminado. Vino entonces otra notabilidad del foro y

resolvió el caso. Esta clase de consultas era muy corriente por aquella época.

Bien, el hombre público que recibía los más grandes honores en presencia de millares de almas complacidas, había burlado en Inglaterra, en la Inglaterra del Dean Swift, la legislación que imponía tributos a los haberes de toda sucesión. Es posible que hasta ese instante fuera desconocida la conducta del ídolo. Sin embargo, nadie desconocía la vida pública del hombre que tanto lloraba. Gulliver, que llegaba de tierras distantes, pudo enterarse de ella y no halló explicación al homenaje. Se creará que por ser Inglaterra, no es fácil que nadie logre imponerse y pasar por un ciudadano eminente. Digamos primero a nuestros lectores que como el hombre público era de la plutocracia del Reino, en ella tuvo la más poderosa de las fuerzas que lo presentaran lleno de inteligencia y de saber. A los ricos convenía crear la idolatría por el hombre público salido de su engranaje. Mientras se hiciera leyenda alrededor de

aquella vida infecunda, leyenda de sus capacidades como hombre de estado, como economista, como filántropo, como político, sería hombre de consultas, estaría siempre disponible para imponer la solución a los problemas de los ricos en sus relaciones con el Estado. La plutocracia de Inglaterra, que es igual a la de China y a la de Costa Rica, se cuidó de que no disminuyeran las aureolas que la superstición iba colocando en torno a la vida del hombre público que Gulliver veía en una mañana gris de Londres, cubierto de homenajes imponentes. Esta gran fuerza fue en verdad la que más favoreció la idolatría del hombre público. Pero hubo también otras importantísimas cuyo recuerdo es regocijante. Los abogados eminentes que el hombre público había tenido a su servicio y con honorarios siempre crecidos, se valían para hacer sus negocios y para manejar la política de Inglaterra, del rico hecho hombre público. ¿Cómo lo ponían en esta o en aquella posición y lanzaban a su alrededor elogios que aumentarían la superstición común! El rico dejaba hacer. Crecía así su prestigio de hombre público. De manera que al morir, los abogados contaban la parte que ellos habían puesto en la creación del ídolo. Sentían que todavía había que ayudar y soplaban sobre la pompa del más grande de los homenajes. La credulidad tenía que ser deslumbradora y se decretaba toda suerte de honores, los honores máximos reservados en un país para sus forjadores, para los creadores de patrias. Gulliver veía todo aquello sobrecogido.

Pensaba en Liliput y aturdido por los discursos de los oradores oficiales, por la banda, por la pólvora, por la sumisión curiosa de la muchedumbre, encontraba que con todo y ser tan diminuto el Imperio de donde venía, había allí un bien inestimable. Era el bien de no existir la idolatría del hombre público. Liliput le dió un gran espíritu de contraste y lo aplicaba en la ocasión solemne del ceremonial dedicado al hombre público. Inmensa es la superstición que todas las fuerzas mezquinas de un pueblo concentran en torno al hombre que quieren levantar como pilar del Estado. De la vida sin preocupaciones ningunas por una patria, hacen al ídolo tonto. Es precisamente la figura más a propósito para presentar a los pueblos adormilados, sin cultura. No hay relieve ninguno en el rico que vió Gulliver, como no lo hay tampoco en el rico que siguen viendo todos los pueblos, o en el abogado, o el comerciante, o en el industrial, o en el banquero elevados a la gran categoría de hombres públicos. Ciertos intereses de clase han adivinado que esas supersticiones son favorables, que fácilmente crecen y deslumbran. Entonces las fomentan, soplan aire y humo dentro de ellas y de pronto aparece el hombre público convertido en ídolo. ¿Qué hay en verdad en la vida de esos ídolos? A muchos la superstición los hace ver capacidades y prestigios. Pero los que quieren ver la realidad con el



LA SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Fco. GOMEZ Z.

Avisa a su clientela que se trasladó al local frente al Siglo Nuevo, contiguo a la Iglesia del Carmen.

Gran surtido de los mejores casimires ingleses.

Teléfono 3238.